



**REY
DESNUDO**
REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Cernadas, Jorge: *Historia, ¿para qué? Revisitas a una vieja pregunta*, Buenos Aires, Prometeo Libros/Universidad Nacional de General Sarmiento, 2010.

Augusto Gayubas

UBA/CONICET

augustogayubas@yahoo.com.ar

El para qué de la historia es una pregunta que no suele ser formulada en los ámbitos de formación de investigadores de la disciplina histórica en la Argentina. Cuando comencé la carrera de historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en el año 2001, la primera materia histórica que cursé, que se presentaba como una introducción a la carrera, era Historia Social General, a cargo en aquel entonces de Luis Alberto Romero. Esta materia, lejos de problematizar el por qué, el cómo o el para qué de la historia, resultó ser un compendio apretado y anacrónico de historia europea. Toda una toma de posición historiográfica sobre lo que valía la pena estudiar (la evolución de la burguesía europea), pero carente de una explicitación sobre lo que significaba la investigación histórica, lo que implicaba un recorte espacio-temporal o un problema determinado, y los efectos que ello podía tener en la propia práctica historiográfica y en el campo social en el cual esa práctica se inscribía.

A lo largo de la carrera, y a pesar de las renovadas demandas sociales de revisión del pasado

local surgidas de los procesos de diciembre de 2001, esta carencia no hizo sino perpetuarse en el mundo académico. A menudo, las preguntas sobre el por qué y el para qué nacían de debates promovidos por agrupaciones estudiantiles en ámbitos más o menos informales, sólo circunstancialmente (y de un modo muy marginal) incluidas en alguna clase excepcional o en alguna jornada de temática historiográfica específica.

Hoy el panorama no cambió, a pesar de ciertos gestos de intercambio intelectual acerca del lugar que ocupa o que debe ocupar la historia en la sociedad, sostenida en los últimos años, no tanto con los pares dentro de las instituciones de investigación, sino con escritores de mayor o menor relevancia en el ámbito editorial.

Por lo tanto, una pregunta como la que formularon los organizadores del ciclo de conferencias “Historia, ¿para qué?”, llevado a cabo en la Universidad Nacional de General Sarmiento en 2005 y cuyas contribuciones fueron editadas en formato libro en 2010, nos parece un síntoma de una carencia, de una demanda de discusión y debate que no está siendo satisfecha, aun cuando los intercambios públicos entre investigadores de distintas líneas ideológicas y políticas pudieran dar la falsa idea de que el cruce de consignas es realmente una discusión.

El libro, editado por Jorge Cernadas y Daniel Lvovich, presenta las conferencias de doce investigadores (la mayoría de ellos historiadores) que, desde sus áreas de especialización, procuran contestar o brindar herramientas y reflexiones que aporten a una respuesta sobre el para qué de la historia, evocando la paradigmática publicación promovida por el Archivo General de México en 1980, en la cual se convocó a diez intelectuales mexicanos para que aproximaran sus respectivas respuestas a esa misma pregunta.

El libro comienza con una lúcida introducción de contexto escrita por los editores, en la cual se presenta un breve recorrido por las formas que asumió la disciplina histórica en la Argentina desde la segunda posguerra, y en la que se explicita el objetivo del libro, esto es, “crear una instancia en la que se (re)visitaran las preguntas acerca del sentido de [la práctica historiográfica], anclando al mismo tiempo esa reflexión en la experiencia de algunos de los territorios explorados por la historiografía argentina de los últimos años” (p. 10).

En el recorte elaborado por los editores, los territorios que tienen prioridad son los

correspondientes a la llamada “historia reciente” (cinco de los doce trabajos presentados refieren a este ámbito de estudios). No obstante, también tienen lugar otras áreas de investigación cuya relevancia queda claramente manifiesta en las argumentaciones de sus respectivos autores.

El panel de apertura del ciclo de conferencias queda expresado en los tres trabajos que inauguran las colaboraciones del libro. Se trata de las breves reflexiones de tres investigadores que procuran aproximar una respuesta a la pregunta articuladora del volumen.

El historiador Alejandro Cattaruzza sugiere que la pregunta debe desagregarse en cuatro, cada una referida al para qué de estudiar, enseñar, divulgar e investigar historia. Llamativamente, es casi la única referencia que se hace, a lo largo del libro, a la cuestión de la divulgación y de la educación, que a nuestro entender merecería una consideración propia en un volumen de estas características.

La tesis central de Cattaruzza es que la historia en tanto disciplina con una serie de procedimientos profesionalmente aceptados y basada en el planteamiento de un problema (reconociendo, como hace el autor, la existencia de otras posibles formas de práctica historiográfica), tiene incidencia en lo social en la medida en que sus productos son usados públicamente. Por lo tanto, de acuerdo con el autor, enseñar y divulgar este tipo de práctica (es decir, no sólo los resultados, sino “los modos en que construimos nuestro saber”), puede “contribuir a la extensión en la sociedad de un modo crítico de pensar la realidad” (p. 32).

Esta propuesta es, desde luego, loable, aunque su puesta en práctica parece más bien exclusiva de algunos movimientos sociales que apelan a la investigación participativa que es característica de las preocupaciones de los investigadores profesionales. Por otro lado, las limitaciones que adjudica al historiador en tanto “recordador”, son planteadas irónicamente olvidando la función de aquél en la construcción, no de un recuerdo, sino de una explicación de procesos o situaciones históricos.

Esta cuestión no parece del todo ajena al planteo de la doctora en Filosofía Rosa Belvedresi, quien en su colaboración como parte del panel inaugural sostiene que más importante que el recuerdo del pasado, es su conocimiento, en el sentido de una comprensión que posibilite “trasladar a otras situaciones presentes o futuras ese conocimiento” (p. 35). Así, la pregunta por el

para qué de la historia formaría parte de una pregunta más general por el para qué del conocimiento.

Si bien al referirse a las viejas filosofías de la historia (como por ejemplo, la obra de Marx), la autora destaca la subordinación de lo histórico a mera “excusa” para el sostén de una teoría, sin señalar la importancia que pueden tener las herramientas brindadas por dichas teorías a la hora de estudiar determinadas dinámicas históricas, lo destacable de su argumentación es que la historia, aun cuando sea entendida como empresa puramente cognitiva (como pudiera pasar cuando se estudian situaciones históricas que podrían parecer lejanas o ajenas a las condiciones de vida del investigador), “puede tener un para qué” (p. 36). Es por ello que, de acuerdo con la autora, ya se trate del pasado reciente, del pasado remoto, de situaciones geográficas cercanas o lejanas, su estudio es siempre “un modo de mostrarnos un ejemplo de la forma que [la] naturaleza humana puede asumir” (pp. 36-37), lo cual permitiría satisfacer una demanda social por poner en perspectiva la propia existencia y dejar en claro que el estado de cosas actual, en tanto histórico, “podría haber sido de otra manera” (p. 37). Se trata, en definitiva, de una desnaturalización del proceso histórico, que podría tener incidencia en la proyección de un presente disímil.

La tercera presentación del panel, correspondiente al historiador Elías J. Palti, parte de repasar las formas clásicas de concebir la historia, haciendo hincapié en el agotamiento de las formas teleológicas, y propone enfrentar las consecuencias de asumir el sinsentido (en tanto contingencia, lo cual no hace sino constituir un nuevo sentido) de la historia. De este modo es que el autor recupera, pero también problematiza, los enunciados de Zygmunt Bauman y Sam Wineburg respecto de la finalidad del historiador de “ampliar nuestro horizonte cultural al ponernos en contacto con realidades, gente, etc., que nos resultan ajenas” y de este modo “volver extraño lo familiar, es decir, minar la naturalidad [...] con que se nos presentan nuestras propias creencias y realidades presentes” (pp. 42-43). En este sentido, el estudio de pasados y situaciones distantes, en términos de pensamiento y de organización social, tendría más para ofrecer a la hora de, como escribe Wineburg, enseñarnos a “apreciar las limitaciones de nuestra breve estancia en el planeta” y permitirnos “convertirnos en miembros de la totalidad de la especie humana” (p. 43).

Esta estrategia que busca evadir, en cierto modo, el tomar la parte por el todo, y que permite explicar la utilidad del estudio de sociedades antiguas o contemporáneas organizadas por parámetros muy distintos a los que estructuran a las sociedades del mundo contemporáneo occidental (para no quedarnos encasillados en el estudio miope de nosotros mismos), no deja de plantear, de acuerdo con el autor, dos dilemas. Por un lado, la necesidad e imposibilidad de distanciamiento (en relación con la imposibilidad de generar un marco de objetividad en la interpretación, dato que a nuestro entender no mina la utilidad de construir una lectura histórica, siempre y cuando el investigador asuma y explicita el rol desde el cual piensa las situaciones históricas), y por otro lado, la necesidad e imposibilidad de identificación (en relación con la explicitación de los mecanismos de construcción de identidades, en un contexto en el cual el mismo investigador puede verse sometido a los mitos que constituyen las identidades).

En lo que respecta a los trabajos más específicos correspondientes a las conferencias brindadas a lo largo del ciclo, los primeros cinco (todos ellos elaborados por historiadores profesionales) versan sobre problemas de historia reciente.

En el capítulo titulado “Notas sobre la historia del pasado reciente”, Roberto Pittaluga realiza una evaluación sintética pero densa de este tipo de actividad historiográfica, remarcando tanto sus alcances como sus limitaciones. En este sentido, se interroga no sólo por el para qué de esta disciplina (rastreando sus distintos usos en distintos contextos políticos y por distintos grupos de investigadores con intereses específicos), sino también por el cómo (la importancia de la historia oral y sus nuevos desafíos a la metodología historiográfica), tomando como ejemplo característico la situación en Argentina, que pasó de un inicial rechazo a estudiar históricamente el pasado reciente durante el período del retorno de la democracia en la década de 1980 (priorizándose la construcción del mito de la “república perdida” instalado por los exponentes historiográficos de la renovación democrática universitaria), a la creciente exploración de esta área de investigación desde fines de la década de 1990 hasta la actualidad. Así es que introduce, entre otros puntos, el carácter tenso de las relaciones entre historia y memoria, cuestión que aborda con más detalle Enzo Traverso en su capítulo “Memoria, olvido, reconciliación: el uso público del pasado”. Aquí, el autor sostiene que, en diferentes momentos de la historia, la memoria y el olvido pueden ser instrumentalizados ya sea mercantil o políticamente. Sin

embargo, añade que en la situación de la Argentina, en concreto en relación con la represión de la última dictadura militar, nunca se vivió una fase de olvido propiamente dicha (como sí rastrea en algunas situaciones europeas), pues sostiene que ya antes de que cayera el régimen militar existían formas de memoria y una demanda social a la cual los historiadores no pudieron ser ajenos. Estas reflexiones traen a la luz, por lo tanto, los usos públicos existentes y posibles del pasado y, por lo tanto, la importancia de la tarea del historiador.

Esta importancia se hace más evidente aún en el trabajo de Gabriela Águila, “Los historiadores, la investigación sobre el pasado reciente y la justicia”, en el cual la autora relata su experiencia como “perito historiadora” convocada para realizar una “reconstrucción histórica” en relación con una causa judicial abierta en Rosario sobre la posible presencia de fosas comunes en un cementerio santafesino. En su contribución, Águila destaca, por un lado, lo problemático de los criterios de “verdad” adjudicados o exigidos a la historia (que permite poner en perspectiva, también, los criterios de verdad de los procesos judiciales), y por el otro, la necesidad de una intervención social y política de los historiadores en los debates contemporáneos sobre el pasado.

Por su parte, Patricia Funes, en su capítulo “El historiador, el archivo y el testigo”, vuelve a poner el énfasis en los problemas de la relación entre historia y memoria. Al destacar las dificultades que implica la interpretación de los relatos de testigos en tanto fuentes a la hora de construir una “explicación” histórica (término clave que es notablemente eludido por la mayoría de los colaboradores de este libro), la autora remarca la necesidad de poner en relación este tipo de registro con una ordenada organización e investigación en los archivos. Ello implica, de acuerdo con la autora, una perentoria toma de conciencia de los historiadores respecto de la necesidad de recuperar, preservar y organizar este tipo de repositorio documental, situación que ejemplifica con su labor en la organización del archivo de la ex Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA).

El último trabajo que aborda las problemáticas de la historia reciente es el capítulo de Luciano Alonso, “Razones, modos y efectos de una historia del movimiento por los Derechos Humanos”, el cual propone hacer una lectura histórica del movimiento por los derechos humanos tomando como insumo teórico una articulación entre la teoría del sistema-mundo y las teorías de

la estructuración, con el objetivo de situar local y globalmente a este sujeto histórico. Este problema implica, de acuerdo con el autor, la necesidad de tomar distancia respecto del movimiento, anteponiendo el rigor analítico a la reproducción de discursos, pero sin por ello renegar de un diálogo con el movimiento.

El segundo bloque de capítulos trata con una serie de situaciones históricas más dispares, pero no por eso menos relevantes para el presente del historiador. José Sazbón (m. 2008) y Ezequiel Adamovsky se preguntan por el para qué del estudio de dos revoluciones del mundo contemporáneo. Sazbón presenta una lúcida síntesis de algunos de los modos posibles de interpretar la Revolución Francesa, y luego de criticar duramente a los revisionismos de los años ochenta y noventa, sostiene que el interés de su estudio radica en que la revolución “no ha terminado”, pues aún persiste “la estela de esperanzas, expectativas y promesas que dejó” (p. 181). Adamovsky, por su parte, considera que la función de la historia debe ser “contar historias que den sentido al mundo, a la vida” (p. 183), y en tal sentido enfatiza la utilidad de hacerlo desde una perspectiva emancipatoria, para comprender cómo se impusieron distintas formas de dominación y para rescatar otras formas posibles de vida social, otras experiencias que no necesariamente perduraron en el tiempo pero que echan luz sobre modos alternativos de organización social. Es por ello que prioriza el estudio de las experiencias libertarias durante los primeros años de la Revolución Rusa (tarea a la que se abocaron desde hace décadas no pocos investigadores anarquistas, a menudo ignorados por los historiadores de tendencia marxista).

En el siguiente capítulo, Julián Gallego se pregunta “¿Para qué estudiar historia antigua?”, y propone una respuesta contundente: no hay situaciones históricas que merezcan ser estudiadas más que otras, pues el privilegio “debería radicar en el tipo de pregunta que es necesario formular para pensar una situación” (p. 214). Así, lo que importa del estudio de la historia antigua es la actualidad de las preguntas que se formulan, no la lejanía de la situación histórica abordada, pues un estudio así encarado permite generar herramientas de pensamiento que son útiles para el modo de pensarnos a nosotros mismos.

Por último, en el capítulo que cierra el libro, “Historia del trabajo: género y clase”, Mirta Zaida Lobato plantea un problema de indudable interés: la necesidad de articular los estudios

sobre el mundo del trabajo con los estudios sobre la problemática de género, en una búsqueda por “generizar” el mundo del trabajo y superar las barreras entre un área de estudio y la otra. Si bien algo confuso en sus procedimientos y poco contundente en sus conclusiones, su apelación al diálogo interdisciplinario (antropología, filosofía, crítica literaria) es sin dudas una estrategia saludable que no siempre es tomada en cuenta en los estudios históricos.

Como balance, podemos decir que este volumen, dada la pregunta que formula, es meritorio. En un vacío de sistematización sobre las preguntas basales que hacen a nuestra disciplina, la recopilación de una serie de reflexiones, de mayor o menor densidad, sobre el para qué de la historia se constituye en un aporte de indudable relevancia para seguir pensando, para discutir o confrontar con los enunciados de los colaboradores, y para distinguir las distintas motivaciones e intereses que mueven a los historiadores a desempeñarse en esta actividad del pensamiento. Esperamos que este libro dispare nuevos debates y modos de aproximación a la pregunta, y que en ellos se vinculen las ideas plasmadas en los discursos historiográficos con las prácticas cotidianas (profesionales y políticas) de los historiadores y con la problemática concreta de la divulgación y la enseñanza de la historia.